



25 CENTS.

BARCELONA, 20 ENERO 1900

NÚM. 37

Ayuntamiento de Madrid

ADMINISTRACIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

IRIS

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Año II

BARCELONA 20 ENERO 1904

Núm. 37

SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS * 25 CÉNTIMOS NÚMERO CORRIENTE * PORTUGAL 60 REIS

EL JURAMENTO DE UN PROSCRIPTO

POR

RAFAEL DE LA CUESTA

40 cuadernos, que forman 2 tomos, y encuadernada, 23 pesetas.

LOS DRAMAS DE MADRID

POR

EDUARDO BLASCO

25 cuadernos, que forman 2 tomos, 12'50 pesetas.
Encuadernada, 15'50 pesetas.

EL IMPERIO DEL SOL NACIENTE

OBRA ESCRITA

POR

D. JUAN LUCENA DE LOS RÍOS

ILUSTRADA CON GRABADOS

Un tomo en tela, 7'50 pesetas.



ESPOSA ENAMORADA

POR

ANDRÉS ARELLANO

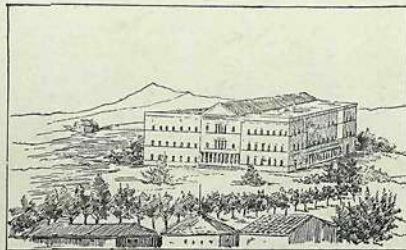
25 cuadernos, que forman 2 tomos, 13'50 pesetas.
Encuadernada, 15'50 pesetas.

ALBORADA Ó LA CAUTIVA DE AMOR

POR

L. GARCÍA DEL REAL

25 cuadernos, que forman 2 tomos, 12'50 pesetas.
Encuadernada, 15'50 pesetas.



VIAJE AL PAÍS DE LOS SABIOS

POR

D. JUAN LUCENA DE LOS RÍOS

La brillantez del estilo y la animación del relato hacen de este libro una obra que une el deleite de la lectura al fácil conocimiento de la ilustre nación cuyo saber y cuyas artes se han perpetuado en el actual mundo latino. Un tomo en tela, 7'50 pesetas.

Ayuntamiento de Madrid

EN MELILLA

(Fotografías de J. Lahuerza)

Una de las cosas que más llaman la atención del forastero en nuestra plaza fuerte del Rif son las escuelas de hebreos y las sinagogas. Reciben instrucción en las primeras los descendientes de la raza de Judá y reúnese en la segunda la colonia *semita* de Melilla para cantar los salmos y practicar las ceremonias propias de su religión.



ESCUELA DE HEBREOS

el *Santo*, al que besan y tocan con anhelo las judías, que esperan en la puerta el paso de la procesión.

Como modelos de *color local* citaremos a los vendedores de gallinas. Sucios y desarrapados en su mayoría, con las *chilabas* llenas de remiendos, y ostentando en sus rapadas cabezas ora rizadas *fantasías*, ora blancos turbantes, inundan la plaza del Mercado prorrumpiendo en desaforadas voces para pregonar su mercancía. ¡Gallinas como pavos! es la hipóbole clásica para ponderar la excelencia y tamaño de aquellas hembras.

El rifeño resulta un comerciante de primera fuerza en punto a hacer valer su mercadería, y son ciertamente digno de verse los gestos y aspavientos con que acompañan a sus discursos en demostración de la baratura



BATERÍA DEL PORCÓN Y FARO, DE MELILLA

inaudita de los volátiles en cuestión. Todo se vuelve jurar por Alah, —¡él solo es grande!,— y más de una vez podría algún poeta aprovecharse de las brillantes imágenes que emplea el vendedor de gallinas.

Otro lugar muy típico de Melilla es la Playa de los *cárabos*. En verano está convertida en alegre *Concha*, con multitud de casetas, de las cuales salen las gentiles africanas para entregar sus cuerpos a las caricias de las olas mediterráneas. Pasada la temporada de baños, puede verse por las mañanas en la Playa de los *cárabos* un pintoresco cuadro: tal es la *retirada del copo*. Aprisionados en las redes que van surgiendo del



PLAYA DE LOS CÁRABOS

azulado mar, van llegando multitud de plateados pescados, que con sus continuos aleteos arrancan brillantes reflejos al sol naciente. Después, en el invierno, sólo se ven sobre las doradas arenas algunos *lanchones* y *cárabos*, despintados y desarbolados, al abrigo de los cuales guisan su frugal comida los pescadores y los moros vendedores de pescado.

El fuerte de San Lorenzo, uno de los más cercanos a la plaza, ocupa una situación por demás pintoresca, además de reunir muy buenas condiciones estratégicas. En la fotografía que acompañamos se ve el puente que cruza el famoso



FUERTE DE SAN LORENZO

Ayuntamiento de Madrid

Río de Oro digno rival del caudaloso Manzanares. Ofrecemos también a nuestros lectores una vista de las baterías del *Torreón de las Cabras*; en último término se destaca el faro de Melilla. El artillado de dicha batería se compone de cañones de bronce de gruesos calibres.

Ya se comprenderá que la vida, en Melilla, no se distingue precisamente por lo divertida, pero aun así no faltan muchos a quienes les gusta tanto o más como cualquiera otra guarnición en el interior de la península.

Desde la famosa expedición acandillada por el general Martínez Campos, Melilla ha dado poco que hablar, y ciertamente que no debe pesarnos pues sería de lamentar que se confirmasen ciertos rumores relativos a planes de Inglaterra. La plaza no es solamente un excelente punto estratégico, sino que podría convertirse con facilidad en un importante centro comercial, y a buen seguro que si jamás España llegase a tener un buen gobierno se atendería con el mayor interés a Melilla.

De todas maneras, pidamos a Dios que todo continúe como hasta ahora, y que nos veamos libres de complicaciones internacionales, pues a tal grado de postración hemos llegado y son tan elocuentes

las enseñanzas de las pasadas guerras, que no es posible forjarse muchas ilusiones sobre el resultado que podría tener cualquiera de dichas *complicaciones*.

Sería verdadera lástima que llegase día en que dejaran de pertenecer a España las posesiones que en Africa contamos todavía, y no puede menos de lamentarse que desatendiendo nuestros gobiernos la *misión tradicional* de nuestro país no hayan emprendido la conquista de Africa, que era, según el tan manoseado cliché periodístico, donde estaba nuestro porvenir.

Francia cuenta hoy en Argelia y Túnez dos colonias que le proporcionan considerables riquezas, y lo mismo hubiéramos podido hacer nosotros si, desde hace muchísimos años, se hubiese pensado en Africa en vez de arruinarlos por América.

Los españoles resultan unos braceros sin par en Argelia, y esto basta para comprender lo que hubieran hecho de Marruecos, si lo hubiéramos conquistado, empresa menos costosa, a todas luces, que la de dominar dos insurrecciones de Ultramar.

ALFREDO OPISSO



COMPRANDO GALLINAS.—VENEDORES DE GALLINAS

MADRID



CALLE DE ALCALÁ

Ayuntamiento de Madrid



NO TE ASUSTES!

Ayuntamiento de Madrid

Dos bárbaros o la fuerza del vino



Al pie de la hermosa torre,
que ya siete siglos cuenta
y es del arte mauritano
maravilla gigantesca.

Junto a la soberbia torre,
por varios modos soberbia,
soberbia por su hermosura,
soberbia por su grandeza,
soberbia porque diríase
que desdeñosa contempla,
siendo obra de los lufefes,
ella moruna, ella vieja,

como á sus plantas se bunde
nuestra católica iglesia
catedral, joya del arte,
con tres siglos menos que ella;

al lado de la Giralda
en voz muy baja conversan
Manolón y Jovelote,

que son dos mozos de cuenta,
más borrachos que mosquitos
más grandes que dos acémilas
y más brutos y más jercos
que molas aragonesas.

Por sus hechuras y tallas
y sus alardes de fuerza,
porque uno y otro presumen
de ser terribles alifas,

les han puesto dos apodos,
que sabe Sevilla entera:
el Hércules de Triana
y el Sansón de la Alameda

—La Giralda en este sitio,
compare, no está bien puesta,
y hay que yelarlo á otro lao,
aunque no es floja facia.

—¡Home! Á la oriya del río
si que lusrá de vera
Junto á la Torre del Oro
que pascera, va bluniveta.

—O en er prao na que lueca
en los tres días de feria
pa que junto a eya se quee
tamaña la «Pasarela».

—Habremos arrempujao,
compare, con duas negras,
que ya ¡hasta habemos perdido
de vista las dos chaquetas!

—Compare, eso ma hecho gracia
porque ahora as dao en la yema.
Conque manos á la obra
y vamos sr prao con eya.

—Pero ¿cómo la veramos?

—¡Home, la pregunta es güena!
¿Tus gorvío un arfichue
ó estás malito de anesmia?

¿No semos Sansón y Hércules,
como tó er mundo se yena
la boquita pa desirio,

los hombrés como las hembras?
Pos ¿pa que sirven los puños?

¡Vamos! Chaquetas afuera
y á rempujá con fatigas
que á rempujones se yeva

Conformes los dos borrachos,
se estrechan las manos, dejan
las chaquetas en el suelo
y á la tirallada se acercan,

y con tanto brio empujan,
metiendo el hombro que apenas
han pasado diez minutos,
rugen, sudan y jadean.

Durante ese tiempo un chico,
que pasa, á los dos observa,
ve las chaquetas tiradas,
las eoge y corre que vuela.

Y cuando los dos compadres
rendidos por la tarea
y rendidos por el vino
para descansar se sientan
dice el uno: —Camara,
vaya si lo torre posa...
yo creo que no sa movio
ni un sentigramo siquiera.

Y el otro, que nota al punto
la falta de las prendas,
se pone en pie con trabajo,
mira á derecha y á izquierda,
y dice á su compañero
con satisfacción lumenosa,
como hablando de su hazaña
la más indudable prueba:

F. PÉREZ Y GONZÁLEZ



ARTISTAS PORTUGUESAS



(Fot. de Julio Guerra y Camacho)

PEPA RUIZ

EN EL PAPEL DE «LA MODA» EN LA REVISTA «TIM TIM POR TIM TIM»

Ayuntamiento de Madrid



INVIERNO

Ayuntamiento de Madrid

E
segu
única
joven
muñe

L
carri
de la
Lisb
las l
zo n
mide
todo
dia l
el tie
vein

zar
voz
trin
roj
pr
qu
sen

ARRIBA Y ABAJO

El potentado Levi acababa de tomar el té que seguía invariablemente al almuerzo; esa era la única comida que hacía en compañía de su hija, joven rubia de diez y ocho años cuya madre había muerto al darla a luz.

Levi, que era dueño de la mitad de los ferrocarriles portugueses, comía siempre acompañado de las personas más importantes de Lisboa, así en la política como en las letras y en las artes. Al almuerzo no invitaba a nadie. Era la comida de familia y la prolongaba todo lo posible porque el resto del día los negocios le absorbían todo el tiempo y se pasaban muchas veces veinticuatro horas sin poder abra-

zarse. En esta conversación, se abrió la puerta del comedor y contra lo que él tenía ordenado (pues una vez servido el té nadie debía interrumpirle) se presentó un criado y le entregó una tarjeta.

—¿Cómo se atreve usted á entrar?—dijo al do-
méstico sin leer el nombre de la cartulina.

—Este señor dice que viene de parte del ministro de Obras Públicas.

Levi fijó sus ojos en la tarjeta y leyó:

José Silva, ingeniero.

—Ya sé lo que es,—dijo.—Que pase. ¡Bonito asunto trae! Le voy á des-
cargar de una vez.

El criado dió media vuelta, la hija de Levi quiso levantarse; pero su padre la obligó á permanecer en su sitio y á los pocos momentos entraba en el amplio comedor el ingeniero que era un joven correctamente vestido y de aspecto tímido y encogido.

Levi no le ofreció un asiento siquiera y después de un ligero saludo le espetó brus-

camente las siguientes palabras:

—Querido amigo, es inútil que se haga usted ilusiones. El freno que usted ha inventado para evitar los choques en los trenes será magnífico, al gobierno le habrá parecido muy bonito cuando por Real Orden ha dispuesto que lo adopten todas las compañías; pero yo, es decir, la compañía no puede aceptarlo. ¿Sabe usted lo que me cuesta la reforma del material, es decir, lo que le cuesta á la compañía? Cuatro millones de francos... Imposible.

—Pero el gobierno lo ha mandado.

—El gobierno no puede mandar que yo me arruine.

—Hay una razón de humanidad,—se atrevió á decir Silva;—con mi freno se evitarán muchas muertes.

—Tal vez; pero yo no puedo aconsejar ese gasto á la compañía. Ya ve usted que dividendos tan ínfimo se repartió el año pasado.

—Yo creo que la vida del viajero es antes que el dividendo.



zar á su hija. El día en que ocurrió la escena que voy á referir se había hablado en la mesa de matrimonio. Levi gozaba mucho viendo como se sonrojaba la inocente niña cuando él hablaba de la próxima necesidad de casarla y de lo conveniente que sería que fuera ya eligiendo al que había de ser su dueño en el mundo, y cuando el banquero

—Usted no sabe una palabra de negocios. Yo le hablo á usted claro y me lo debe agradecer. Jamás haremos ese gasto.

Silva quiso contestar, pero Levi volvió la silla hacia la mesa y empezó á tomar el té á pequeños sorbos como dando por terminada la audiencia. Después de algunos segundos, que al ingeniero le parecieron siglos, saludó con una inclinación de cabeza á la joven y salió de la estancia sin decir una palabra á Levi. El banquero cuando Silva hubo salido se dirigió á su hija como reanudando la conversación de su futuro matrimonio.

—¡Ya ves, —dijo,— cuatro millones de pesetas! Tu dote justo y cabal que el ministro de Obras Públicas quiere hacerme gastar en una tontería. ¿Quieren que te deje yo poco menos que pidiendo limosna!

La noche misma de esta historia el guarda aguja de la estación de Aveiro se hallaba en un jergón de paja sufriendo una fiebre altísima y con una cantárida al costado. Hacía un frío horrible, y en

aquella lúgubre estancia, alumbrada por un mortecino candil, el aire penetraba por las rendijas de una ventana produciendo sonidos amedrentadores. Junto al jergón del guarda aguja no había más que una niña de diez años que de cuando en cuando acercaba el agua al enfermo y á quien el sueño obligaba á dar cabezadas. Era la hija del guarda aguja que hacía cuatro años había quedado sin madre.

Allí vivían solos y felices hasta hacía ocho días en que el padre se sintió enfermo. El médico declaró que tenía una pulmonía y obligó al guarda aguja á permanecer en la cama. Desde ese momento el jefe de la estación mandaba un mozo á las horas de los trenes para que hiciera funcionar la aguja según lo exigieran las necesidades del servicio.

Aquella noche llegaba un exprés bisemanal que cruzaba en Aveiro con el correo que era diario. Este llegaba siempre antes y esperaba el paso del exprés que no paraba en la referida estación. El guarda aguja pedía á su hija á cada momento que le enseñara el reloj porque la hora del exprés se aproximaba, y el mozo que debía mandar el jefe de la estación no se presentaba.

La intranquilidad más espantosa acometió al enfermo conforme se aproximaba la hora de pasar el exprés.

—El jefe se ha olvidado, —pensaba,— estos trenes que no son diarios, son los peores para el cumplimiento de la obligación porque se olvida uno de ellos con facilidad.

Se le ocurrió la idea de hacer salir á la niña para que fuera á la estación y recordara que era preciso mandar un hombre á la aguja, pero había dos kilómetros de distancia desde la caseta

y el ruido del aire que además debía venir helado (porque todo esto ocurría en diciembre) le hicieron desistir de semejante propósito.

Sólo faltaban ya diez minutos para el paso del tren; se había sentido en la caseta el ruido de las plataformas de la estación al llegar el correo y el mozo no parecía.

El infeliz guarda aguja se incorporó en su incómodo lecho y sus ojos se clavaron en la rubita cabeza de la niña que tendida en el suelo se acababa de dormir apoyando la cara en el jergón. No había más remedio que levantarse fuera como fuese. Los viajeros del correo que estaban en la estación acurrucados en sus vagones se hallaban en aquellos momentos en verdadero peligro de muerte; porque el exprés lo iba á pasar por ojo con una velocidad de sesenta kilómetros por hora.

Quizás allí había niñas tan rubitas como la suya durmiendo como ángeles y tan expuestas como la suya á quedarse huérfanas. No había más remedio que salir á cambiar la vía. ¡Salir con pulmonía en diciembre al campo! Eso era su muerte segura, dado caso que tuviera fuerzas para llegar á coger la palanca.

Por fin, con gran trabajo se puso en pie; un frío espantoso se apoderó de todos sus miembros; tirando y tambaleándose pudo coger el grueso capotón de servicio y encender el farol verde de reglamento.



Entonces volvió á fijar los ojos sobre la niña: los destellos de la nueva luz daban un tinte horrible á su rostro angelical. El color verdoso de la tez la hacía parecer un cadáver; pero un cadáver espantoso, un cadáver que sonreía porque el sueño de la pobre criatura era alegre como lo es siempre el de la infancia.

—Así quedarían después del choque los infelices del correo,—pensó el guarda aguja,—si yo no saliera de la caseta esta noche.

Y entonces por un esfuerzo puramente nervioso, dominando la fiebre y recobrando fuerzas, abrió la puerta de su tugurio y salió al campo con paso firme. El choque del aire helado en su cuerpo febril

fué espantoso; la sensación fué tal que creyó que se moría antes de llegar á la aguja, pero el silbido lejano del exprés que ya se aproximaba le dió nueva fuerza. Aquel silbido fué el último llamamiento á su conciencia: con energía increíble llegó á la aguja y dió vuelta á la palanca: por unos instantes aquel oscuro lugar se iluminó repentinamente con el resplandor de los faroles de los coches y las llamara-das de la chimenea de la locomotora del exprés.

Ya no se percibía apenas el ruido del tren y el guarda aguja permanecía agarrado á la palanca titirando y di-

ciendo con voz apagada:

—¡Están salvados; pero mi hija... pobrecita, tendrá que pedir limosna porque ya no tiene padre!

Toda la energía le abandonó de golpe; arrastrándose pudo llegar á la caseta; un sudor helado invadía todo su cuerpo al tiempo que un fuego horrible le abrasaba las entrañas; en el costado un agudo dolor le quitaba la res-piración y los miembros todos de su cuerpo se negaban á obedecer su voluntad.

Por fin, llegó al jergón que le servía de lecho y apoyando su rostro en el de la niña dióla un beso muy largo... muy largo... eterno... porque á la madrugada siguiente, cuando el mozo encargado de hacer funcionar la aguja llegó á la caseta, encontró al guarda muerto y á la niña durmiendo junto á la cara del cadáver y con la sonrisa dibujada siempre en los labios.

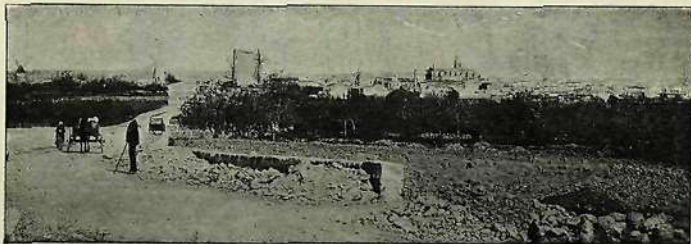
Como se le encontró muerto con el capotón puesto y el farol en la mano, no hubo duda de que se había levantado de la cama para dar paso al exprés, y el médico declaró que esa era la causa de su fallecimiento, pues de no haber hecho esa locura, él lo consideraba salvado de la pulmonía.

El caso llegó á oídos de los altos funcionarios de la compañía, y el Sr. Levi se sintió tan impresionado, que dispuso que por su cuenta se imprimiera una circular refiriendo el suceso á todos los empleados de la vía para que imitasen tan noble ejemplo.

(Dibujos de C. Peraj II.)

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

MALLORCA



VISTA PANORÁMICA DE MANACOR

LA INDUMENTARIA Y EL AMOR

1°



Si estan tus codos rotos
dejate del flores
Que te dejaran feo.

2°



Con ropilla anticuada
buscate una domestica
Recien llegada.

3°



Vete con las modistas
Si te traves una capa
Con buenas vistas.

4°



Con guantes y gaban
Mallaris a grand
Mijas de Coronel.

5°



Y con gaban-levita
Puedes emparentar
Con la mas empinada Señorita.

6°



¿Macferlan y chistera?
Con cualquier alta dama,
¡Con cualquiera!



GRACIOSO COUPLET

Ayuntamiento de Madrid



EL MANCO DE LAS COPLAS

Entre los repatriados que desembarcaron últimamente, se encuentra el heroico sargento de Almería, Felipe Royo, que después de distinguirse en varias acciones obteniendo diversas cruces por su bizarro comportamiento, fué hecho prisionero al frente del pelotón de hombres que mandaba y machetado hárbaramente. El infeliz soldado, al que se había dado por muerto, regresó con los dos brazos cortados y con el pecho lleno de crutes.

De un periódico.

Es muy triste ¿verdad? lo que refería el telegrama; pero en la historia de Felipe Royo hay algo más triste todavía, que os contaré, si queréis saberlo. Era Felipe el mozo más simpático de la Alguaba. Alto y de buen porte, rostro inteligente, imaginación soñadora y corazón apasionado.

A los atractivos físicos unía otro muy apreciable, que contribuyendo á acrecentar las simpatías que inspiraba, lo hizo famoso, no sólo en el pueblo, sino también en la comarca. Era éste el de haber sido dotado por la naturaleza de una voz armoniosa y dulce y de un sentimiento tan delicado para cantar, que no había en muchas leguas á la redonda quien pudiera competir con él en eso de las malagueñas y soleares que entonaba con un estilo y una cadencia capaces de conmovir al menos sensible.

Si se une á esto la facilidad que tenía para componer coplas siempre sentidas é intencionadas, se comprenderá que todas las mozas estuviesen prendadas de él y sostuvieran competencia para agradarle y hacerse dueñas de su cariño. Indiferente, al parecer, ante las manifestaciones demasiado ostensibles que continuamente se le hacían, Felipe parecía interesarse sólo por la única que no había de mostrarlo parar mientes en su persona, ni importársele un comino de sus méritos.

Pero, en cambio de esta indiferencia que Soledad demostró en un principio, y que desesperaba á Felipe, porque le parecía imposible trocar en interés, no obstante guardar para ella los tesoros más íntimos de su sentimiento y los torrentes más armoniosos de su voz, él día que, por fin, consiguió conmovérle, según pudo colegir de la respuesta que dió á sus reiteradas instancias, debió de ser tan profundamente, que en poco tiempo la indiferencia se convirtió en cariño y éste en pasión vehementísima, que quizá por estar contenida demasiado tiempo, al desbordarse amenazaba arrastrar cuanto se opusiera á su paso. Felipe se consideró el hombre más dichoso con aquel amor con que soñaba hacía tanto tiempo, y al que desde entonces podría consagrar todas las ternuras de su corazón y todos los pensamientos de su mente. Pero algo como una duda solía asaltar su cerebro; era tal vez que lo inmenso de su ventura le hacía desconfiar de aquella realidad que le parecía imposible. ¿Qué de coplas compuso el mozo para festejar á su novia! Las ternezas que para Soledad ideaba y que al oírse las cantar á él producíanle profunda emoción, llegaron pronto á ser del dominio público; como que eran de lo más sentido y poético que podía entonarse á la cadencia dulcísima de una malagueña. ¡Cómo serían las que Felipe cantó á su novia en la serenata de aquella noche triste, la última de su estancia en el pueblo, cuando faltándole sólo algunas horas para embarcar con rumbo á Cuba, fué á despedirse, á expresar en coplas sentidísimas su amargura, su desesperación ante el objeto de sus amores, que quizá no volvería á ver!

No flores porque me voy
que es tan grande mi cariño
que aunque se lleven mi cuerpo,
mi alma se queda contigo.

Y qué dulces no serían las frases que cambiaron junto á la reja, cuando cogido él nerviosamente á los hierros, apoyada la frente de ella sobre las barras, se miraban que parecía no perteneciesen ya al

Ayuntamiento de Madrid

remoi
cierto
notici
de esp
vio, q
dirle.
Y ret
dond
bido:
allí c
tia y
todo
cuent
conv
en el
que a
traici

mundo de la realidad. —¿Me olvidarás?—preguntaba él con voz temblorosa. Y con acento entrecortado por la emoción, pero firme y mirándole fijamente, contestaba ella:

—¡Nunca, nunca! Te quiero más que á mi vida. No sé si podré resistir tanto tiempo sin verte.

—Soledad de mi alma, Dios te dará fuerzas, como á mi, y Dios querrá que volvamos á vernos... pero si no lo quiere, si dispone que yo me quede por allá, bajo tierra, júrame que no serás de otro, que no harás traición á nuestros amores, que tu pensamiento desde aquí abajo, subirá á reunirse con el mío... hasta que los dos puedan besarse en la eternidad.

—Te lo juro, Felipe de mi alma. Nadie podrá robarte mi cariño, que es y será siempre para ti solo.

—¡Y jay! del que lo intentara! Muerto y todo me perteneces por ese juramento que has hecho y si alguien viniera á despojarme de lo que es mío, yo volvería al mundo para vengarme cruelmente.

Y tan violenta fué la atracción que ejercieron las manos de Felipe, enlazadas con las de la muchacha, que á través de la reja se unieron sus labios y sus alientos, se confundieron más y más, modulando un arrullo dulcísimo que se desvaneció en la brisa perfumada de la noche.

Ya lo dice la nota transcrita al principio: Felipe fué hecho prisionero después de una refida acción y machetado bárbaramente, dándosele por muerto, aun en los partes oficiales. La terrible noticia llegó á la Algaba y Soledad no tardó en conocerla; pero algunos meses después, mitigado el dolor que en un principio le produjo, y segura de que Felipe no había de volver del otro mundo para cumplir su juramento de amenaza, comenzó á dar oídos á nuevas promesas amorosas y concluyó por aceptar la mano que le ofreció un buen amigo del difunto.

Júzguese de su asombro, de su terror supersticioso al encontrarse una tarde de manos á boca con Felipe, que con sus dos brazos cortados, pálido por la anemia, abatido por la enfermedad había llegado á la Algaba dos días después de desembarcar con una expedición de repatriados y se presentaba súbitamente, como una aparición evocada por el

remordimiento. Algo de providencial debía haber en ello. Lo cierto es que la joven, que había leído con sus propios ojos la noticia de la muerte gloriosa de Felipe, quedó aterrada, muda de espanto al contemplar delante de sí aquel espectro de su novio, que, sin duda, venía á echarle en cara su deslealtad, á pedirle cuentas de sus promesas y á cumplir la terrible amenaza. Y retrocedió horrorizada y fué á refugiarse en su domicilio, donde Felipe entró ignorante de la triste suerte que había cabido á sus amores, en seguimiento de la mujer idolatrada. Pero allí cayó la venda de sus ojos al oírle lanzar un grito de angustia y al verla refugiarse detrás de un hombre, que amparándola con su cuerpo avanzaba hacia él con todo el aire de un quitador. Fué terriblemente patético aquel instante en que Felipe, dándose exacta cuenta de la situación y sintiendo afluir á su cerebro la sangre que los celos hacían hervir y agitarse convulsivamente su corazón y nublarse sus ojos, clavó su vista centelleante en aquella mujer perjura y en el rival odioso y pronunció con expresión de odio y de amargura indefinible: —¡Miserables! A la vez que agitaba en el aire sus dos muñones, como si quisiera cumplir aquella venganza, supremo goce del traicionado, que Dios no le dejaba satisfacer.

C. CONTRERAS CAMARGO

Ayuntamiento de Madrid



¡SÁLVESE EL QUE PUEDA!

A la orilla del río,
junto á un otero,
fijos los lindos ojos
en el sendero
por donde viene el hombre
que amor le inspira
y que la vuelve loca,
cuando la mira,
se encuentra la pastora
de más primores
que existe por aquellos
alrededores.
¡Qué mirada la suya!
¡qué ojos tan vivos!
¡qué grandes, qué rasgados
y qué expresivos!
Pero es tan desdenosa
la pastorcilla
(lo cual en las mujeres
no es maravilla),
que aunque idolatra al hombre
que está esperando,
con sus fieros desdenes
lo está matando.

—Pastora de mi vida,
gentil pastora,
mitiga pronto el ansia
que me devora;
mira que yo no vivo,
que no sosiego,
porque tú me asesinas
con tu despego;
mira que yo estoy loco
desde el instante

en que ví de tus ojos
la luz brillante,
y en sueños (por supuesto)
probé las mieles
de esos labios tan rojos
como claveles;
mira que tus rigores
me tienen loco
y que me estoy muriendo
poquito á poco.
Pideme lo que quieras,
manda, pichona,
y yo verás lo que hago
por tu persona.
¿Qué quieres? ¿Una estrella?
¿La más brillante?
¡Pues á buscarla al cielo
voy al instante!
Y á buscar cuantas haya
voy en persona
para hacerte con ellas
una corona.

En esto asoma un toro
por el otero,
y hacia ellos se dirige
sañudo y fiero.
Comprendiendo el peligro
que se avecina,
el rendido mancebo
trepó á una encina,
¡Y la gentil pastora
tuvo que echarse
al río de cabeza
para salvarse!

MANUEL SORIANO

UN CLAVO, por Sancha



1 Abstraído en sus pensamientos el ciclista Meugáñez no repara en que su bicicleta tropieza con un clavo que le rompe la goma.



2 Y es natural, con la rapidéz de la marcha la goma de la máquina le da un golpe sobre las espaldas que le sorprende desagradablemente.



3 Y no explicándose la causa mira hacia un lado.



4 Luego hacia el otro.



5 Hasta que, por fin, se explica la causa del golpe.



6 Al mismo tiempo que tropezando su bicicleta en un enorme pedrusco que le hace dar el porrazo del siglo.



CALENDARIO AMERICANO

Sé que te vas á reir con una comparación que acabo de discurrir; mas pon un rato atención que te la voy á decir.

¿Tá ves ese calendario que te compré antes de ayer?.. ¿No caes?.. ¡Qué has de caer! Ese es el hombre, Rosario, cuando quiere á una mujer.

¿Te extraña? No es de extrañar. ¿Qué no ves la consecuencia? ¿Qué yo estoy loco de atar? ¡Vamos, mujer, ten paciencia, y déjame explicar!

Supón, porque es necesario para la comparación, uno que quiere... Supón que yo soy el *calendario* de tu preocupación.

Yo te vi coquetear... Porque no puedes negar que cuando te hice el amor acababas de tirar el cartón del anterior.

Bien; te vi coqueteando; bonita, con alegría, y me dije: «—¡Esta es la mía!» ¡Ah! Tú estabas «vacilando» ante una gran joyería.

Entré contigo; compraste dos pulseras, me miraste, yo no comprendí tus tretas, y, ¡está claro!, me clavaste en unas cuantas pesetas.

Al verme caer en la red dijiste, con «dulce» acento:

«— Quiero mil duros... y á usted.» Yo me quedé sin aliento y pegado á la pared.

Mas cedí... Yo te quería y fué tuyo el calendario. Desde entonces, día á día, vas arrancando, Rosario, las hojas que yo tenía.

En todas ellas hallaste motivo de distracción; el chiste que celebraste ó el enigma que dejaste sin saber la solución.

Uno fué que no compraba cierta vez unos pendientes... cosa que no te importaba, pues la solución estaba entre las hojas siguientes.

A diario, sin vacilar vas, cuando tú te levantas, la hoja anterior á quitar... Pero aun puedo respirar, porque quedan unas cuantas.

Preveo mi conclusión y tengo la convicción de que llegará el relevo, porque al tirar *mi cartón* tendrás *calendario nuevo*.

¿Ves como no es de extraño que se pueda comparar el hombre y el calendario? Pero aun me falta, Rosario, otro ejemplo que citar.

Las casadas (con razón á casarme no me atrevo) cuando ven la conclusión, le pegan un *taco nuevo* ¡y aprovechan el cartón!

FELIPE PÉREZ CAPO



EL VOCAB
No menos t
na el reino
el tronco, la
los ramos de
ción (árbol r
co, etc.; tronc
drada; rama
trial, etc.); la
jón, el espig
lización; el
nucleo; la pei
na de casaa;
las casaaes
las calabaza
calabacines d
idem de llen
igual faste; l
las cañas y n
pateros y mo
de los reloje
horca; las gra
la artilleria;
arquitectoral
el apretarle á
espiritual pa
la almendra
mantes; la p
Carlos es un
fuerte como
encarnada co

En una con
bla en voz al
le es indifere
que principia
lencio con el
EL
Tal es el

DATA DE CRESP

LYRYA

Es

PEPITORIA

EL VOCABULARIO Y LA NUTRICIÓN

No menos términos nos proporcionan el reino vegetal; tenemos el árbol, el tronco, las raíces, las ramas, y los ramos de tan frecuente aplicación (árbol respiratorio, genealógico, etc.; tronco de una raza; raíz cuadrada; rama dinástica; ramo industrial, etc.); la hoja; la espiga; el espigón, el espiguelo; la savia de la civilización; el grano; la simiente; el núcleo; la pera (6 perilla); la manzana de casaca; la rosa de los vientos; las calabazas de los estudiantes; los calabacines de toda laya; los melones idem de lienzo; los paños de generales; las cañas y medias cañas de los zapateros y moldeadores; los piñones de los relojes; los racimos... de la horca; las granadas y pepinillos de la artillería; los bulbos raquidos y arquitecturales; las pepitas de melón; el apotropeo a uno la suegra; la Alfalfa espiritual para los borregos de Cristo; la almendra de los ojos o de los diamantes; la picazón de la guinda... Carlos es un acuchero y Teodoro es fuerte como un roble; Rosa estaba encarnada como una amputada.

(C. GARCÍA)

En una conversación la mujer habla en voz alta con el hombre que le es indiferente, en voz baja con el que principia á amar, y guarda silencio con el que ama.

EL PARTINIUM

Tal es el nombre de una nueva

MODAS



BATA DE CRESPO DE CHINA CON ENCAJES

Solución del problema núm. 18

1 A E 1 T A 6
2 P D 4 jaque R B 6
3 C E 7 Cualquiera
4 C 8 ó D 5, jaque y mate.

Admite algunas variantes muy fáciles.

aleación, formada de aluminio y de tungsteno, la cual tiene la ventaja de reunir á las propiedades de ligereza del aluminio una resistencia que crece con los dosajes del metal aleado. Fundido en arena la densidad del partinium es de 2,89; su resistencia á la tracción de 12 á 17 kilos por milímetro cuadrado; el alargamiento de 12 á 6 p % según los dosajes. Laminado, la densidad es de 3,09, la resistencia á la tracción de 32 á 37 kilos, el alargamiento de 8 á 6 p %.

Empléase el partinium fundido en la fabricación de las cubiertas de los motores de triciclos y automóviles, reemplazando ventajosamente al bronce y al latón, pues pesa menos que ellos, ofrece una resistencia un tercio superior y no resulta más caro. Laminado se le emplea en la construcción de las cajas de coches, con lo cual, á resistencia igual, se economiza un 50 ó 60 p % de peso muerto.

También se ha empleado en la construcción de casas desmontables. El nombre de esta nueva aleación le ha sido impuesto por haber dotado con ella á la industria el ingeniero francés M. E. Partin.

RISA INOPORTUNA

Para demostrar que la risa es un fenómeno nervioso y no depende de la voluntad el reprimirla, citase el caso de la esposa del general Custine, la cual, al despedirse de su marido, pronto á salir para el cadalso, hubo de romper en la más estrepitosa carcajada al ver pasar á un detenido con bata, gorro de dormir, enjabelado el rostro y una palmaria en la mano. Esto excusa ciertas risas que podrían calificarse de irreverentes.

ACEITE DE MADERA

Ya tienen un nuevo competidor los aceites minerales para el engrase de las máquinas; es el aceite de madera, sacado de un árbol de la familia de los Euforbiáceas, conocido en el Japón con el nombre de

yumagiri y explotado principalmente en la isla de Yesso. Los japoneses lo emplean en grande escala para la impermeabilización de los trajes de papel y para el aluminado, y resulta, puesto en latas en el puerto de Kobe á 30 ó 35 céntimos el kilo.

Como este aceite es absolutamente neutro, este aceite es excelente lo mismo para el engrase industrial que para la fabricación de jabones y barnices.

En una exposición de erisantemas exclama un poeta:

—¡Oh flores deliciosas que recordas la cabellera de la mujer!

Y murmura un honrado comerciante en plomos:

—¿Qué dice ese? ¡Si parecen flores de papel recortado!

CHARADA



TARJETA

Coloma Perribe

Formar con estas letras, debidamente combinadas, el título de una zarzuela en un acto.

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Frases hechas.—Coger la cabra por el cuerno.

Charada.—Chapeta.

Jeroglífico comprimido.—Calderon.

© 1914 LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA 著 者 保 護 無 効 不 論 何 處 均 不 能 復 原 無 效 不 論 何 處 均 不 能 復 原

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS: PLAZA DE TETUAN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid